

Miguel A. Guezález

Poesía y Metafísica en Díaz Casanueva

«To pass away in a dream; indeed, I've slept
With mine eyes open a great while».

«Es un bonito engaño morir en un sueño; a la verdad,
he dormido mucho rato con los ojos abiertos»

JOHN FORD.



HACE unos años, en un curso magistral sobre Schelling, Carlos Astrada enseñaba cómo el postulado existencial había sido concebido en el momento decisivo del idealismo romántico, en la disputa en torno a lo absoluto.

La clase memorable destacaba la idea, cuyo linaje crecería con el tiempo y diera resonancia universal Friburgo, con el prestigio de una verdadera Meca filosófica.

En la problemática vigente, el nombre de Díaz Casanueva aparecía con la inquietud de la hora, pero con los desvelos del pensador profundo, a quien el largo recorrido de la historia del filosofar, no había disminuído el acucioso afán de interrogación.

Afirmado en la nueva temática, todo presagiaba un viaje tramonto las últimas certidumbres.

Aventura metafísica, vuelo de nictálope, vigilia especulativa que ha prendido en la vida dilacrada, en la experiencia irracional de los hombres vigías de América, alertas con su conciencia lúcida a los grandes estremecimientos humanos.

La gran poesía ha sido siempre reveladora emocional de su época y aunque sea duro para Croce, es también voz de la filosofía. De Meis, colega de Carducci en la Universidad de Bologna, decía en 1868: «De Poesía no hay más necesidad. La gran filosofía de Alemania es, asimismo, su gran poesía y es la nueva y verdadera religión».

Filósofos y poetas románticos tuvieron conciencia de la función del espíritu objetivo, y postularon la idea central y operante del diálogo de la existencia y la temporalidad, de los límites de la Metafísica y el Arte. La lección de Platón y de Lucrecio en la antigüedad; de Dante y Shakespeare más tarde, fué recogida en forma genial en el Fausto. No en vano Fichte aconsejaba a Tieck volviera a la Poesía siempre que hiciera incursiones a la Filosofía.

Esta unidad del espíritu, que es su existencia, propia, singular, con todas sus posibilidades es la que Díaz Casanueva no quiere abolir. De ahí que su pensamiento no viene ni va hacia escuela filosófica determinada, no sigue a movimientos literarios, es parte de la vida, es la vida misma que trabaja sobre su «yo», ahincando la búsqueda del Ser en su óptica existencia.

El telos de su filosofar, su itinerario, es la partida que se convierte en meta, del mito y lo maravilloso, de la actitud mística e intrínseca religiosidad humana hacia la trascendencia de la vigilia metafísica. El viaje no ha sido una elección sino una imposición, impulso esencial, cuyo valor radica en el puro trascender. Viaje de incierta recompensa, pero que es el único capaz de dar luz a su sombra. Luminosidad peregrina obtenida en la dramática pesquisa del Ser, caracterizado óptica y ontológicamente.

Nueva luz que el juego metafísico enciende en la existencia,

luz para la finitud, para las situaciones límites, que alumbra el acceso a lo absoluto como luz de vida y como luz blanca de la muerte. El poeta nos ayuda y dice: «*La luz de los justos en la noche de los sabios*». Fiel a la tradición del pensamiento griego, la conducta humana se eleva sobre la sabiduría y la belleza.

Las ideas y los gestos exigen la mejor claridad y nitidez porque los instantes actuales corresponden a una época llamada trágica. Hácese más necesario que nunca *ver* porque mañana será inútil. «*Los ojos son primogénitos*» y agrega Díaz Casanueva «*Creo solamente en mis ojos*». La actitud es la misma que Leonardo para quien el ojo es el fundamento de la sabiduría. Acaso el poeta piensa en Sócrates que gustaba ver claro en medio del desenfreno.

Puesto el poeta en esta existencia su poesía «*Es hija del trance*» e insiste: «*Sólo hay un tiempo que prevalece y que hace ser lo que soy*».

Surge la necesidad para su interpretación de una filosofía del tiempo que incluya lo intemporal o supra temporal. Porque al contrario de Hegel y a la manera de Heidegger, el hombre no «cae» en la historia sino es un ser histórico.

Esta analítica existencial es una búsqueda de relación del hombre con las cosas, el Ser y consigo mismo, haciendo del ente humano principio y fin en el sentido lógico y temporal. «*Mi origen es también mi fin*». El «yo» de Díaz Casanueva se afirma frente al mundo, a la mundanidad, en una postura inicial concreta de referencia a ese mundo a quien le da sentido, función y utilidad.

A la fuga poética de la realidad, Díaz Casanueva opone la interpretación de una existencia humana necesitada por la comprensión del ser, angustiada por la verdad trascendental. Aquí la angustia es, primordialmente, vía de acceso a lo óntico. Y esta emotividad advierte el peligro de la existencia humana y al acudir en su auxilio fundamenta el temor:

*«Sé que tendré miedo en el postrer instante.
¿Por qué no tenerlo a cada instante?».*

En un tiempo de angustia, de desprecio, no es extraño que el temor lo invada:

*«El miedo engendra el coraje!
El miedo! el miedo!».*

El miedo es hoy uno de los motores de la vida, de la historia: de los hombres, castas, clases, naciones y continentes. El miedo al hambre, al dolor, a la delación, al ridículo, al desprecio, a la justicia divina y terrestre, al olvido, a la muerte, arrojan al hombre a un tembladeral en donde las traiciones, odios, rencores y heroísmos lo acosan a preguntas. Nunca el hombre ha sido más interrogado:

*«¿Hacia dónde? ¿por qué?
¿Cómo? ¿Otra vez?».*

y las sublimes interrogaciones:

*«¿Por qué morimos?
¿Por qué vivimos?».*

La razón no auxilia al poeta a contestar. Ella ha creado para todos la gran paradoja, provocada por el espíritu prometeico del hombre, que, mientras hace avanzar la más racional organización humana, simultáneamente, engendra los más poderosos irracionales.

La técnica deshace al hombre, porque le quita el alma. De ahí la necesidad de acompañar una civilización con una cultura. La máquina sin alma forja hombres desalmados.

El hombre se deshumaniza, el débil junco pensante de Pas-

cal no trabaja más para la creación sino para la destrucción.
El poeta clama:

«La negra sabiduría convierte al hombre en caña».

Ya no hay frutos sagrados. La magia de Sófocles, el amor de Dante, la alegría de vivir plenamente de Goethe no interesan al espíritu de una época plúmbea.

En el impenetrable misterio de los laboratorios, en las combinaciones secretas de los Gabinetes:

«La paloma y el buho se miran en silencio».

¿Y el Buho de Minerva levantará su vuelo en el crepúsculo?
Sabiduría y paz han llegado a ser... conceptos antitéticos.

El hombre quiere nuevas experiencias aunque le resulten trágicas. Es acaso una decisión irrevocable, fatal. Díaz Casanueva lo muestra poseído por el vértigo:

*«El hombre está aprisionado por sus gritos
y sus muertos lo matan».*

Está o será vencido por una tradición de sangre, por una técnica de miseria y una ciencia de muerte. ¿Es este su destino?

*«Oh, ciencia infusa!
Oh, vaho de los infiernos!».*

Expectación y asombro de los débiles, de los niños, de las madres...
mientras:

*«Devora el hombre a solas su horrible fruto
como el ermitaño que alimenta el cuervo».*

La sangre, presente en tantas poesías chilenas, hace su aparición impresionante:

«Cuántos chorros de sangre suben de la tierra».

y también:

«La sangre se mece...»

Los hombres que pretenden tener el secreto de la historia, no hacen misterio de sus designios y un fantasma de sangre recorre el mundo. El poeta reclama entonces para sí el ejercicio de la máxima virtud cristiana:

«Ten piedad de mí».

No queda más que el viejo camino por el dolor a la alegría:

*«Primero los muertos, después los moribundos
y por último los vivos.*

*Primero los sepulcros y después las casas
traspasadas por nuestras carnes».*

El libro presenta en todas partes estos imponentes hitos. Díaz Casanueva ha puesto en marcha el pensamiento chileno hacia fondos abismáticos y su obra, como algunas de Dostoiewski pareciera carecer de conclusión, que aguarda algo, que sufre una espera, incompleto por falta de una relación esencial para su integridad.

La advertencia viene de inmediato:

«La sabiduría póstuma no puede comunicarse».

Encrucijada y meollo del más auténtico filosofar. Los grandes purificadores de conciencia Soloviev, Leontiev y Dostoiewski imponen la fe sobre el saber y el desprecio romántico sobre la razón, por otra vía, sostiene igualmente la posibilidad de traspasar sólo un saber técnico. La experiencia irracional es personal intransferible, incomunicable. Pero es la vida, la existencia la que reclama a los primeros una indemnización y a los segundos un contacto con la eternidad.

La dimensión espiritual de Díaz Casanueva ha sentido y tocado en la honda raigambre del problema, en la más grande relación de la vida y de la muerte, en los estoicos. La aurora del cristianismo arrastra su pensamiento a expresiones como:

*«No sé si he nacido enteramente y
si he de morir enteramente».*

pero más propiamente en su preparación para la muerte

*«¿Y todo lo que hice fué sólo
para merecer morir?».*

y más adelante:

*«Y si he merecido el morir
¿podré entonces vivir?».*

llega pues el temido y amado retorno,

«Vivir, vivir!».

Díaz Casanueva ha dado poéticamente una versión actual de los grandes problemas filosóficos sin olvidar que lo mejor del hombre es la vida. El poeta ha hablado con Fe, con Verbo y con Sangre, como corresponde a su jerarquía intelectual. Sueño,

expiación, vida y muerte es un ciclo de este tiempo y también de su poesía.

Ha enfrentado a lo óptico, la sustancia de las cosas, rescatando a la eternidad la vida perecedera, el tránsito fugaz de las cosas, hombres e ideas con la palabra convertida en profecía.

En el fluir desaparece todo aquello que no es esencial; pero el poeta sustrae a la muerte la realidad que considera inmortal, digna de eternizarse. Su angustia le asegura el hallazgo.

«El instante nos acumula y si lo hechizamos se rasga y la eternidad asoma».